

# CUARENTA AÑOS DE UNIVERSIDAD, CUARENTA AÑOS DE BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

**GREGORIO GARCÍA RECHE**

*Coordinador de Bibliotecas de la Universidad de Málaga*

Ahora que se celebran las efemérides del cuadragésimo aniversario de la Universidad de Málaga, parecía oportuno destacar el valor y la trayectoria de un servicio que necesariamente debía nacer con ella.

Bien es cierto que, como la propia Universidad, su Biblioteca cuenta con antecedentes a su propia creación como tal. Tantos, como aquellas fuentes que hablan del centro de estudios existente en época árabe que contaba con una abundantísima biblioteca, de la cual no queda más vestigio que la leyenda.

No es éste el caso de la Escuela Normal Superior de Maestros, creada en 1845, la Escuela de Comercio, en 1850, y la Escuela Industrial en 1927, que después pasaría a denominarse Escuela Politécnica, o, más recientemente, en 1963, la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, dependiente de la Universidad de Granada y, en 1970, el Colegio Universitario que contaba con, además de lo apuntado, el primer ciclo de los estudios de Medicina, Filosofía y Letras, Química, Biológicas, Matemáticas y Farmacia (aunque en esta última sólo se impartieron dos años del primer curso).

Antecedentes que fueron creando biblioteca y cuyas colecciones hoy día forman parte del acervo del patrimonio bibliográfico de mayor valor histórico de nuestra Universidad.

A partir de 1972, momento de creación oficial de la Universidad (Decreto de 18 de agosto), se incrementó rápida y significativamente la colección debido a depósitos y donaciones personales e institucionales, gracias a los cuales se pudieron suplir de alguna manera las deficiencias existentes.

Entre los primeros cabe destacar el de la entonces Sociedad Malagueña de Ciencias, hoy Academia Malagueña de Ciencias, creada en 1872 como resultado del interés de la burguesía de la ciudad por la ciencia y como reacción a la crisis imperante. En esta colección se encuentra uno de los libros más expuestos y referidos de todos por su belleza y perfección, se trata de la obra de Edmond Boissier, *“Voyage botanique dans le midi de l’Espagne pendant l’année 1837”*.

Entre las segundas, se encuentran las procedentes de las bibliotecas particulares de personalidades como Antonio Gil Muñiz, José Estrada, el fondo de música procedente de la Cátedra Rafael Mitjana, Carmen de Fez, Viktor Nowinski, Giménez Reyna, Marjorie Grice-Hutchinson y un largo etcétera.

También hay colecciones de similar procedencia pero adquiridas por compra, caso de la del profesor Agustín Clavijo.

Si bien, ha sido, precisamente, la modalidad de compra el procedimiento que ha hecho que la colección se nutra de las monografías más punteras y se crearan ricas hemerotecas. Fondos éstos últimos que, conforme iban adquiriendo mayor relevancia y uso, requirieron instalaciones propias y diferenciadas en los espacios bibliotecarios. Aunque el progreso, con la era digital, pueda venir ahora a poner en entredicho esta necesidad.

Más de un millón de libros, casi 20.000 revistas, es lo que convierte a nuestra Biblioteca y, en consecuencia, a nuestra Universidad, en una de las más ricas en cuanto a patrimonio bibliográfico en nuestro contexto, y esto, a pesar de su juventud.

Pero no sólo las colecciones han ido evolucionando, adaptándose a los tiempos y a los avances científicos y tecnológicos. Las instalaciones, las herramientas de acceso a la información, el personal, los servicios ofrecidos, así como otros muchos factores, han cambiado muy significativamente en el transcurso de estos años.

De aquellos pequeños espacios que eran las primeras bibliotecas, reducidos a salas con pocos puestos de estudio y estanterías de libros bien custodiados bajo llave, o en depósitos infranqueables, hemos pasado a contar con modernas instalaciones, adaptadas y orientadas al servicio al usuario, donde se le ofrecen los recursos necesarios para el aprendizaje y la investigación.

Y esa evolución, en ocasiones ha sido de ida y vuelta. Así, pensamos en lo ocurrido con las salas destinadas al usuario, que fueron aumentando en metros cuadrados, a la par que en el imperativo del silencio y poblándose de estanterías con grandes colecciones de libre acceso; para después tender a espacios reducidos, de trabajo en grupo, y donde la total ausencia de libros o revistas se suple con el acceso a millones de publicaciones a través de los portátiles con conexión *WiFi* que se pueden conseguir en préstamo.

Ahora son 14 instalaciones bibliotecarias (llegamos a contar con 15 durante los años que Arquitectura y Bellas Artes estuvieron separadas), a lo que habría que sumar la biblioteca digital, la mayor de todas desde el punto de vista del número de títulos y servicios con los que cuenta. Ninguna instalación se encuentra en su lugar de origen (excepto la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, siempre en el campus de El Ejido). Atrás quedaron ubicaciones que resultaron insuficientes, caso del Colegio de San Agustín, el edificio de la Alameda Principal, el Hospital Civil o en la Avenida de la Aurora... Traslado que aún no ha encontrado su fin, ya que existen proyectos de futuro que acercarán a la Ciudad Universitaria a otras bibliotecas alejadas de ella. Pronto lo será la de Ciencias de la Salud, un poco más adelante Psicología, a las que pueden seguir el resto.

Es destacable, igualmente, la evolución de los soportes de los documentos, algunos también de ida y vuelta. En este sentido, en este periodo de tiempo hemos visto el nacimiento y declive de algunos. Caso del revolucionario, en su momento, CD-ROM de mediados de la década de los 80, que pronto encontró su utilidad como continente de bases de datos que en ese momento estaban disponibles en dificultosos y caros recursos en línea, o de grandes repertorios impresos. Pues bien, aquello que nos parecía casi milagroso que pudiera poder consultarse en un equipo, y después pudiera pasar a serlo por varias personas a la vez y desde distintas ubicaciones de la Universidad, ahora duerme el sueño de los justos en algún rincón casi olvidado.

Ni qué decir de las microformas, con sus rollos o sus fichas, y de sus lectores / reproductores. La digitalización, como una plaga mortal, acabó con toda esta tecnología.

Y en esa lucha fratricida, también quedaron por el camino los casetes musicales o de ordenador, los disquetes (flexibles de diferentes pulgadas, luego rígidos), las películas VHS..., al igual que sus respectivos mecanismos para ser utilizados. Tuvieron en la Biblioteca su momento de gloria y ahora sus páginas en la historia.

Y apareció el libro digital y el libro electrónico, antes había pasado con las revistas. E irrumpieron del tal modo que nos llevaron a pensar que el futuro sería digital antes de lo que realmente está siendo. Es cierto que en ese frenazo

también han contribuido la crisis y la indecisión de los editores y distribuidores por desarrollar sistemas asequibles, en cuanto a precio y tecnología, que nos permitan avanzar más deprisa. También está el factor humano, cuya tradición marca aún un apego al papel impreso.

En este recorrido por los formatos, cabe sólo mencionar otros materiales especiales, que también están presentes, aunque de forma minoritaria, en nuestras colecciones. Son los cartográficos, manuscritos (aunque modernos), música impresa o algunos otros “raros”, como los presentes en la exposición que ahora presentamos.

Otro aspecto que llama poderosamente la atención es el instrumento por esencia de cualquier biblioteca: su catálogo. Hemos asistido en estos 40 años al paso de su elaboración por el bibliotecario amanuense, maestro experto en su confección, a los sofisticados sistemas automatizados o los compartidos entre grupos de bibliotecas, con logros realmente significativos.

Me estoy refiriendo, en el primer caso, a aquellos catálogos en fichas, muebles homologados para su colocación ordenada según diferentes criterios, donde con meticulosa precisión se elegía la forma de acceder a la información que describía la publicación, siempre con el temor de que una mala elección podría representar una obra escondida para siempre entre sus miles de iguales, en un oscuro cobijo de un anaquel.

La incorporación de algunos instrumentos como la multicopista de fichas o las máquinas de escribir electrónicas con memoria, aunque escasa, representaron un avance en la reproducción de esas cartulinas de 12x7 cm, perforadas en su parte inferior, repletas de información, como nos gusta a los bibliotecarios. También merecen una mención los programas caseros instalados en los primeros ordenadores adquiridos para las bibliotecas de Económicas, Politécnica, Magisterio o Graduados Sociales, pensados más para agilizar este proceso de impresión, que para ser utilizados como herramienta de consulta y localización.

Esto vendría después, con un revolucionario *Libertas*, que nos liberó del yugo de los catálogos impresos y del libro de registro donde, también a mano, se inscribían en riguroso orden de llegada cada una de las publicaciones que se adquirirían por cualquier procedimiento.

*Libertas*, una vez descartado *Dobis Libis*, con sus módulos equivalentes a las tareas principales que tradicionalmente realizábamos los bibliotecarios, vino a descubrirnos un mundo de posibilidades, de transformación de tareas, de

nuevos servicios... Valga mencionar algunos que en aquellos días (nos estamos remontando a principios de los noventa) nos sorprendieron especialmente. Uno fue el hecho de no tener que catalogar todo de forma equivalente a como se venía haciendo hasta ahora, gracias a la generosidad de algunas bibliotecas universitarias, especialmente destacaríamos a la Complutense, podíamos entrar en su catálogo e importar el registro que nos interesara; o la carga masiva de registros bibliográficos de los primeros paquetes de revistas y libros digitales. El acceso al catálogo que se construía de esta manera fue lo más significativo, con la tecnología *Telnet*, que ahora nos parecería muy rudimentaria, en aquel momento posibilitó una localización de los fondos de todas las bibliotecas de forma simultánea. Inaudito hasta ese momento. Pero para la consulta de todos los fondos fue necesario un proceso dilatado de, como lo denominábamos entonces (año 1996 en adelante), conversión retrospectiva, que consistía en volver a catalogar los fondos, trasladando las referencias de las fichas a los registros bibliográficos y de ejemplar del sistema automatizado. Y después llegó el *OPAC Web*, acomodado al nuevo entorno en el que ya nos estábamos moviendo por Internet.

Pero, el paso del tiempo y las estrategias comerciales de los creadores de sistemas automatizados, nos llevaron al cambio, sustituyendo el ya un caduco *Libertas* por un novedoso *Innopac Millennium*, acordado en un entorno de lo que más tarde llegaría a ser el *Consorcio de Bibliotecas Universitarias de Andalucía*, que, precisamente por eso y por la tecnología que empleaba, permitió conectar sus diferentes catálogos para crear algo inédito en nuestro país: un catálogo colectivo nutrido en línea y en tiempo real, que sería la base de otro servicio pionero: el préstamo *CBUA*.

*Innopac Millennium* evolucionó, se adaptó a los tiempos, también a la web 2.0 con su versión del catálogo que nosotros llamamos, en alusión al nuevo concepto, *Jábega 2.0*.

Ahora, por argumentos similares estamos abocados al cambio. Pronto nos acostumbraremos al nuevo nombre y *Sierra* será tan habitual en nuestro vocabulario como lo han sido los anteriores en sus 20 años de aplicación.

El personal también merece un capítulo aparte. Los bibliotecarios, escasos en sus inicios, autodidactos, que con su fuerza de voluntad y pocos medios lograron iniciar el rumbo de la Biblioteca Universitaria y de lo que ahora es una plantilla nutrida con técnicos especialistas, auxiliares, ayudantes y facultativos, bien formados, aunque en ciertas categorías pendiente de aplicar lo aprobado en 2010 por el *Consejo de Gobierno*, que debe llevar a la escala de auxiliares al actual personal laboral, con unos tintes de mayor estabilidad y profesionalidad, algo que hoy día, con toda la evolución que sucintamente estamos mostrando con este texto, más lo que se espera que está por llegar, es absolutamente necesario para acometer cualquier proyecto bibliotecario de futuro, concebido como servicio público orientado a nuestros usuarios naturales y a la sociedad en general.

No nos podemos olvidar de los grupos de becarios de la Junta de Andalucía que durante algunos años estuvieron colaborando en diferentes tareas y que muchos de ellos son hoy compañeros en nuestra propia Biblioteca o en otras.

Creemos que un hito importante ha sido la asunción por parte de la plantilla del concepto de Biblioteca Universitaria, aunque no resuelto completamente, quizás por la larga tradición desde donde se partía de funcionamiento independiente y aislado de cada biblioteca de centro. Sería difícil ponerle fecha, pero acontecimientos como los de contar con un catálogo colectivo, colecciones digitales compartidas, la Coordinación de Bibliotecas, un presupuesto conjunto, grupos de trabajo y de mejora transversales, cursos de formación numerosos y continuados, servicios y procesos homogéneos o un sistema único de gestión de la calidad, por mencionar algunos de los más destacables, han marcado sustancialmente esta transición necesaria.

Y ésta ha tenido su trascendencia, tanto dentro de la propia Universidad, como fuera de ella. Dentro, porque creemos que se percibe como un servicio sólido, bien estructurado, con iniciativa y anticipación, que ha llevado a ser un referente en múltiples ocasiones y a contar con nosotros para proyectos que afectan a toda el Área de Administración y Servicios. Fuera, por los mismos motivos, donde se ha puesto en valor el potencial de nuestro personal al participar, incluso liderar, muchos proyectos nacionales y andaluces, incluso algunos internacionales.

Los servicios ofrecidos al usuario es otro aspecto en el que se ha evolucionado quizás más en estos 40 últimos años que en toda la historia anterior de las bibliotecas. Y tal vez no es exagerado afirmar que, en esencia, teníamos bibliotecas más parecidas en este sentido a las históricas que a lo que son hoy día.

Los servicios se limitaban a facilitar el acceso a los libros o publicaciones periódicas, principalmente *in situ* o con un restrictivo préstamo domiciliario y un anecdótico préstamo interbibliotecario.

Hoy también seguimos contando con estos, pero ya no son únicos, ni siquiera los más importantes. La enumeración de nuevos servicios podría ser muy amplia si recurrimos al detalle, si bien es cierto que algunos representan una evolución de aquéllos, caso de préstamo de portátiles (con respecto a la consulta en sala), el préstamo *CBUA* (ampliación del préstamo interbibliotecario), la disponibilidad de *OPAC* (que sustituye al catálogo en fichas) y *ETUs* (evolución de la consulta en sala). Otros son radicalmente nuevos, como la formación de usuarios, las salas de trabajo en grupo o el préstamo intercampus.

De la tediosa búsqueda manual de información, hemos pasado a contar con múltiples herramientas informáticas que la facilita y que permiten gestionar los resultados: metabuscadores, resolvedores de enlaces, gestores de referencias,

el repositorio institucional, recolectores y los citados catálogos o catálogos colectivos.

A estas incorporaciones habría que añadir aquéllas que parten de la sensibilidad social, cada vez más presente en nuestro Servicio, y que se hacen patentes en aspectos referidos a la igualdad, fomentando y facilitando, entre otras cuestiones, el acceso a instalaciones, recursos y servicios a las personas con discapacidad; las medidas adoptadas para la preservación del medio ambiente o las actividades solidarias, como las que ponemos en marcha cada año con motivo del Día Internacional del Libro.

En definitiva, 40 años de dedicación y compromiso institucional con la Universidad y con la sociedad, de innovación en los procesos y en los servicios, de cooperación en redes, consorcios y con otros servicios de la Universidad, con una gestión responsable y participativa, que ha procurado la eficacia y eficiencia a la hora de satisfacer las necesidades y expectativas de sus usuarios... Valores que han marcado el carácter de servicio público que debe tener la Biblioteca.

Todo esto ha sido la Biblioteca. Todo esto es la Biblioteca.